

Capítulo III

Leyes divinas

La Biblia presenta leyes morales, ceremoniales y de otro tipo. Los escritores del Nuevo Testamento no siempre son específicos, pero el contexto nos permite comprender a qué ley(s) se refieren.

Dios dio a Israel un conocimiento claro y definido de su voluntad mediante preceptos especiales, mostrando el deber del hombre hacia Dios y hacia sus semejantes. La adoración debida a Dios quedó claramente definida. Se estableció un sistema especial de ritos y ceremonias que aseguraría el recuerdo de Dios entre su pueblo y, por lo tanto, serviría como protección para guardar y proteger los diez mandamientos de cualquier violación.

El pueblo de Dios, a quien Él llama Su peculiar tesoro, fue privilegiado con un doble sistema legal: el moral y el ceremonial. Uno, que se remonta a la creación para recordar al Dios viviente que creó el mundo, cuyas exigencias son vinculantes para todos los hombres en cada dispensación, y que existirán por siempre y por la eternidad. El otro, dado debido a la transgresión del hombre a la ley moral, cuya obediencia consistía en sacrificios y ofrendas que apuntaban a la redención futura. Cada uno es claro y distinto del otro.

Desde la creación, la ley moral fue parte esencial del plan divino de Dios, y era tan inmutable como Él mismo. La ley ceremonial debía responder a un propósito particular del plan de Cristo para la salvación de la raza. El sistema típico de sacrificios y ofrendas se estableció para que, mediante estos servicios, el pecador pudiera discernir la gran ofrenda, Cristo. Pero los judíos estaban tan cegados por el orgullo y el pecado que muy pocos de ellos podían ver más allá de la muerte de las bestias como expiación por el pecado; y cuando Cristo, a quien estas ofrendas prefiguraban, vino, no pudieron discernirlo. La ley ceremonial era gloriosa; fue la provisión hecha por Jesucristo en consejo con su Padre, para ayudar en la salvación de la raza. Todo el arreglo del sistema típico se fundó en Cristo. Adán vio a Cristo prefigurado en la bestia inocente que sufría el castigo por su transgresión de la ley de Jehová. —The Review and Herald, 6 de mayo de 1875.

A. LA LEY MORAL

Una expresión del carácter de Dios
La ley de Dios, la norma de toda justicia, una
expresión de Su mente, Su carácter, Su
voluntad, es la

Creencias cristianas fundamentales del Movimiento de Reforma Adventista
del Séptimo Día

Encarnación de dos grandes principios: el amor al Creador y el amor al prójimo (Mateo 7:12; 22:36-40; Romanos 13:8-10). Estos dos principios se resumen en los Diez Mandamientos, que, a su vez, se detallan en todos los juicios y estatutos morales contenidos en toda la Biblia (Génesis 26:5; Éxodo 15:26; Deuteronomio 4:1, 2, 6; Nehemías 9:13, 14).

"La ley de Dios es tan sagrada como Dios mismo. Es una revelación de su voluntad, una expresión de su carácter, la expresión del amor y la sabiduría divinos."— Patriarcas y Profetas, pág. 52.

Los principios del gobierno de Dios

El gobierno de Dios se basa en principios sólidos, buenos, santos, perfectos y eternos de verdad, justicia y amor, revelados en su ley. Por lo tanto, todo lo que sea contrario a estos principios es pecado (Salmos 89:14; 119:142, 172; 19:7; 111:7, 8; Romanos 7:12, 16; 1 Timoteo 1:8 (cf. Santiago 4:17); 1 Juan 3:4; Romanos 3:20).

Proclamado y escrito por Cristo

La ley de Dios (también llamada la ley de Cristo) fue proclamada por nuestro Salvador en el Monte Sinaí (Éxodo 20:1-17) y fue escrita por Su propia mano en dos tablas de piedra (Éxodo 31:18; Hechos 7:38 (cf. Isaías 63:9; Malaquías 3:1; 1

Corintios 10:4, 9; Hebreos 12:24-26); Deuteronomio 33:2; Éxodo 24:12; Deuteronomio 4:2, 12, 13; 5:4-7, 22). Es la misma ley que fue dada en el principio a Adán y Eva y a los patriarcas (Oseas 6:7 (margen); Génesis 4:7 (cf. 1 Juan 3:4); Génesis 26:5; Romanos 4:15; 5:12). Esta ley nunca debe confundirse con la ley ceremonial, y nada debe ser sustraído de ella o añadido a ella. El Decálogo fue definido y explicado en los estatutos y juicios. Esta fue la base del pacto que Dios hizo con su pueblo en el Sinaí (Éxodo 24:4, 7, 8; Hebreos 9:19, 20).

"Fue Cristo quien, entre truenos y llamas, proclamó la ley en el monte Sinaí."—

Pensamientos desde el Monte de la Bendición, pág. 45.

Vindicado por Cristo

Cuando Cristo estuvo en la tierra, no cambió ni abolió su ley, la ley de los diez mandamientos (Mateo 5:17-20). Al contrario, la magnificó, la vindicó, la explicó, la enseñó, la hizo honorable y

(Isaías 42:21; Mateo 5:21, 22, 27, 28; 7:12; 15:3; 19:17-19; 22:36-40; 23:2, 3; Lucas 10:25, 26; 16:17, 18; Juan 7:19).

Escrito en el corazón de los seguidores de Cristo

Bajo el Nuevo Pacto, el Espíritu Santo nos guía a toda la verdad, grabando la ley de Dios (la ley de Cristo) en nuestro corazón. Ezequiel 36:24-29; Jeremías 31:33 (Hebreos 8:10); 2 Corintios 3:3.

Enseñado por los apóstoles

La ley moral de Dios, la ley de los diez mandamientos, tal como está en Jesús (Salmo 40:8), sigue vigente bajo el Nuevo Pacto como un espejo para nuestro autoexamen. Hechos 25:8; 24:14; Romanos 2:12–23; 3:19–21, 31; 4:15; 7:7–14, 22; 8:4, 7; 1 Corintios 7:19; 15:56; 1 Timoteo 1:9, 10; Santiago 1:22–25; 2:8–14; 4:11; 1 Juan 2:3–6; 3:4; 5:3; Apocalipsis 11:19; 22:14. Los apóstoles la enseñaron como un valioso legado recibido de Dios a través de los judíos. Romanos 2:25–27. Cuando se abrió el templo de Dios en el cielo, se vio el arca de su testamento. Dentro del Lugar Santísimo, en el santuario celestial, se guarda sagradamente la ley divina: la ley que Dios mismo pronunció entre los truenos del Sinaí y que escribió con su propio dedo en las tablas de piedra.

"La ley de Dios en el santuario celestial es el gran original, del cual los preceptos inscritos en las tablas de piedra y registrados por Moisés en el Pentateuco fueron una transcripción infalible."—El Conflicto de los Siglos, págs. 433, 434.

La ley moral nunca fue un tipo ni una sombra. Existió antes de la creación del hombre y perdurará mientras perdure el trono de Dios.

—Mensajes Selectos, tomo 1, págs. 239, 240.

Cristo y la Ley: Inseparables

Cristo dijo que vendría con la ley en su corazón. Salmo 40:8; Hebreos 10:8, 9. Por lo tanto, no podemos recibir la ley sin Cristo ni a Cristo sin la ley. Los dos son inseparables el uno del otro. El fin (u objetivo) de la ley es mostrarnos nuestros pecados (Romanos 3:20; Santiago 1:22-25) y guiarnos al Portador del Pecado, Jesucristo (Romanos 10:4; Gálatas 3:24). Cuando aceptamos a Cristo, Él escribe Su ley, el Decálogo, en nuestro corazón (Jeremías 31:33; Hebreos 10:16) y se vuelve natural obedecerlo (1 Juan 3:6; DA308).

"La ley es un gran espejo por medio del cual el pecador puede discernir los defectos de su carácter moral."—The Signs of the Times, 18 de julio de 1878.

Norma de juicio

La ley de Dios es la norma por la cual se juzgarán las acciones, palabras, intenciones y pensamientos de hombres y mujeres. Eclesiastés 12:13, 14; Romanos 2:12, 13; 3:19; Santiago 2:12.

"La ley de Dios es la norma por la cual se deben determinar el carácter y la vida de

del Séptimo Día

"Los hombres serán probados en el juicio."—

El Conflicto de los Siglos, pág. 482.

Estatutos y sentencias

[El Señor] no se conformó con dar [a Israel] los preceptos del Decálogo. El pueblo se había mostrado tan fácilmente extraviado que él no dejaría ninguna puerta de tentación sin proteger. A Moisés se le ordenó escribir, como Dios le ordenara, juicios y leyes que dieran instrucciones detalladas sobre lo que se requería. Estas instrucciones relacionadas con el deber del pueblo hacia Dios, hacia los demás y hacia el extranjero eran solo los principios de los Diez Mandamientos ampliados y dados de manera específica, para que nadie tuviera que errar. Tenían por objeto proteger la santidad de los diez preceptos grabados en las tablas de piedra. — Patriarcas y Profetas, pág. 364.

"Si el pueblo hubiera practicado los principios de los Diez Mandamientos, no habría habido necesidad de las instrucciones adicionales dadas a Moisés." —Ibíd.

B. LA LEY CEREMONIAL

La ley ceremonial, que incluía el sistema de sacrificios y los siete sabbats anuales (días santos judíos), tipificaba los misterios contenidos en el plan de salvación. Sus ritos apuntaban al Salvador prometido. La muerte de Cristo hizo...

Es nula y sin valor. Efesios 2:15; Colosenses 2:14-17 (cf. Juan 19:30; Mateo 27:51); Hebreos 9:8-10; 10:1-6, 8. Aunque el propósito del enemigo es llevar a la gente a confundir la ley moral de Dios con la ley ceremonial, al aplicar a la primera ciertos versículos que claramente se refieren a la segunda, podemos ver la distinción entre las dos.

También fue abolida la ley concerniente al sacerdocio levítico. Hebreos 7:12–14, 19, 28.

La ley ceremonial fue dada a Moisés, quien la escribió en un libro. Pero la ley de los Diez Mandamientos, pronunciada desde el Sinaí, había sido escrita por Dios mismo en tablas de piedra y se conservó sagradamente en el arca. Muchos intentan mezclar estos dos sistemas, utilizando los textos que hablan de la ley ceremonial para demostrar que la ley moral ha sido abolida; pero esto es una perversión de las Escrituras. La distinción entre ambos sistemas es amplia y clara. — Patriarcas y Profetas, pág. 365.

Muchos en el mundo cristiano también tienen un velo ante sus ojos y su corazón.

No ven el fin de lo que fue abolido. No ven que solo la ley ceremonial fue abrogada con la muerte de Cristo. Afirman que la ley moral fue clavada en la cruz. Es denso el velo que oscurece su comprensión.

de pie.”—Mensajes Selectos, tomo 1, pág. 239.

“Fue el deseo de Cristo... desenredarlos de los ritos y ceremonias en los que hasta entonces se habían involucrado como esenciales, y que el

La recepción del evangelio ya no tenía ninguna validez. Continuar con estos ritos sería un insulto a Jehová.”—Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 5, págs. 1139, 1140.